

LA TRÁGICA LUCHA CONTRA EL DESTINO: ANÁLISIS GENEALÓGICO DE LA CULTURA DEL EMPRENDEDURISMO Y LA DESIGUALDAD SOCIAL

The tragic struggle against destiny: genealogical analysis of the culture of entrepreneurship and social inequality

A luta trágica contra o destino: análise genealógica da cultura do empreendedorismo e da desigualdade social

VARGAS, Carlos Rafael Hernandez¹

*Dhrtarastra, el ciego, dice con gran pesar:
“Es el destino, tigre de los hombres:
no te aflijas,
no es posible dominarlo”.*
Dumézil, Mito y Epopeya I

RESUMEN

En las últimas dos décadas comenzó a difundirse una ideología proempresarial que pone el acento en el desarrollo de capacidades y en el esfuerzo personal para establecer negocios o empresas propias; esto como una salida frente a la degradación de las condiciones laborales y el retroceso salarial en un amplio espectro de trabajadores. Esta ideología conocida como “emprendedurismo”, “emprendimiento” o del “emprendedor” –por el francés *entrepreneur*– reconoce que el salario ya no es suficiente para mantener un estilo de vida individual o familiar digno. Por ello, promueve la ruptura con la condición de empleado, desarrollando habilidades mínimas de administración, usando la creatividad y, sobre todo, asumiendo la labor con entusiasmo y mucha voluntad, ello con el objetivo de crear “tu propio negocio” además de un beneficio para la sociedad. Sin embargo, economistas como Stiglitz (2015), Piketty (2015), Esquivel (2016), entre otros, han llamado la atención sobre el hecho de que para superar las condiciones económicas desfavorables, generadas por la desigualdad propia del capitalismo del siglo XXI, hace falta más que entusiasmo y voluntad. En el

¹ Universidad de Guadalajara. <https://orcid.org/0000-0003-3808-8565>. Profesor e investigador de los departamentos de historia y sociología del centro universitario de ciencias sociales y humanidades. carlos.hvargas@academicos.udg.mx

presente artículo se analiza la ideología del emprendedurismo bajo una óptica genealógica, así como desde la antropología filosófica, mostrando la continuidad de ésta con todo el discurso del burgués como un héroe y del empresario como el *self-made-man*.

Palabras clave: Emprendedor, virtud, destino, desigualdad.

ABSTRACT

In the last two decades, a pro-business ideology has begun to spread, emphasizing the development of skills and personal effort to establish one's own businesses or enterprises. This is seen as a response to the degradation of working conditions and wage regression across a wide spectrum of workers. This ideology, known as "entrepreneurship" or "entrepreneurship," acknowledges that wages are no longer sufficient to maintain a dignified individual or family lifestyle. Therefore, it promotes breaking away from employee status by developing basic management skills, using creativity, and, above all, undertaking work with enthusiasm and strong will, with the goal of creating "your own business" as well as benefiting society. However, economists like Stiglitz (2015), Piketty (2015), and Esquivel (2016), among others, have drawn attention to the fact that overcoming unfavorable economic conditions, generated by the inherent inequality of 21st-century capitalism, requires more than just enthusiasm and willpower. This article analyzes the ideology of entrepreneurship from a genealogical perspective, as well as from philosophical anthropology, demonstrating its continuity with the entire discourse of the bourgeois as a hero and the entrepreneur as the self-made man.

Keywords: Entrepreneur, virtue, destiny, inequality.

RESUMO

Nas últimas duas décadas, começou a difundir-se uma ideologia pró-empresarial que enfatiza o desenvolvimento de capacidades e o esforço pessoal para estabelecer negócios ou empresas próprias; isso como uma saída diante da degradação das condições de trabalho e do recuo salarial em um amplo espectro de trabalhadores. Esta ideologia, conhecida como "empreendedorismo" ou "empreendimento", reconhece que o salário já não é suficiente para manter um estilo de vida individual ou familiar digno. Por isso, promove a ruptura com a condição de empregado, desenvolvendo habilidades mínimas de administração, utilizando a criatividade e, acima de tudo, assumindo o trabalho com entusiasmo e muita vontade, com o objetivo de criar "seu próprio negócio" além de beneficiar a sociedade. No entanto, economistas como Stiglitz (2015), Piketty (2015), Esquivel (2016), entre outros, chamaram a atenção para o fato de que para superar as condições econômicas desfavoráveis, geradas pela desigualdade própria do capitalismo do século XXI, é

necessário mais do que entusiasmo e vontade. Neste artigo, analisa-se a ideologia do empreendedorismo sob uma ótica genealógica, bem como da antropologia filosófica, mostrando a continuidade desta com todo o discurso do burguês como um herói e do empresário como o self-made-man.

Palavras-chaves: Empreendedor, virtude, destino, desigualdade.

1. INTRODUCCIÓN

El *empreendedurismo*, que en este trabajo entendemos como una corriente de pensamiento propia del capitalismo contemporáneo, dota de sentido a la propia existencia del ser humano a través de paradigmas encaminados a la producción de capital y al eventual enriquecimiento. Es decir, es una ideología desarrollista, según la cual el individuo alcanza todo su potencial a través del mejoramiento cualitativo de sus capacidades y habilidades, hecho que sólo puede reflejarse en el incremento cuantitativo de su riqueza.

El emprendedurismo es la reactualización del mito burgués del héroe que triunfa por sobre las vicisitudes de la vida y se impone contra los competidores que pretenden vencerle. Un ser humano hecho por sí mismo (*self-made-man*) y su voluntad inquebrantable que surge de la mediocridad y escala hasta la meta vital que, siempre, es monetaria. Esta ideología ha (re)nacido en torno a figuras de éxito empresarial como Bill Gates, Mark Zuckerberg o Steve Jobs que, en realidad, poco tiene que ver con estas trayectorias biográficas².

Por encima del paradigma emprendedurista, descansan muchos discursos paralelos que pretenden complejizar y conciliar con una moral todavía latente que tiene por máximas el amor al prójimo, la caridad, etc³. La ideología del emprendedor mitiga esas complicaciones adaptando y empatando, muchas veces de forma incongruente, la idea del

² La biografía de los tres personajes coincide en el hecho de venir de familias de clases altas, haber tenido el apoyo financiero de familiares y amigos y tener una educación universitaria de élite que les permitió mantener contactos y redes de socios e inversores.

³ Muchos personajes ligados al mundo empresarial o de la farándula mantienen fundaciones con las que disfrazan intereses económicos con caridad. Al respecto, véase la “inversión de impacto”, teorizada por James Sorenson, en <https://www.forbes.com.mx/inversion-de-impacto-la-verdadera-filantropia-inteligente>

enriquecimiento del individuo con la de “responsabilidad social”. Fue una amplia percepción del siglo XVII y XVIII que pretendía sacar la búsqueda de dinero de la senda del pecado. Según Hirschman, fue Hume quien sintetizó esta nueva sensibilidad señalando que el capitalismo ha activado “ciertas inclinaciones humanas benignas a costa de algunas inclinaciones malignas, por la expectativa de que, en cierta forma, reprima y quizá atrofie algunos componentes más destructivos y desastrosos de la naturaleza humana.” (Hirschman, 1978, p. 73). El sutil giro que el discurso “emprendedurista” realiza es el de invertir – u ocultar- la jerarquía de la relación ganancia – responsabilidad social: supone que la responsabilidad social es primordial y la obtención de ganancias, su consecuencia. Desde esta perspectiva, el emprendedor, cuya misión en la vida es enriquecerse para alcanzar una supuesta independencia económica y un “mejor nivel de vida”, no es un individuo egoísta, interesado únicamente en sí mismo, sino una persona virtuosa que entiende que “el dinero no lo es todo”. Sin embargo, la idea de responsabilidad social, derivada directamente de la idea de la *caritas* cristiana está, en contraste con ésta, directamente implicada en el *telos* de la reproducción de capital, pues mientras que la lógica de la caridad destina una parte de la riqueza obtenida a su destrucción –es decir al gasto para los pobres–, la responsabilidad social busca, además del prestigio social, obtener ganancias y espacios de inversión.

De ahí que, el éxito, definido en términos del pensamiento emprendedor, no es hacerse rico solamente, sino hacerse rico “mejorando la vida de los demás” y disfrutando la vida propia “más allá del dinero”, como se ve reflejado en una famosa frase, atribuida al cofundador de Apple, Steve Jobs: “*My favorite things in life don't cost any money. It's really clear that the most precious resource we all have is time*”. Jobs y otros prodigiosos del emprendedurismo, hacían también énfasis en que el sentido de la vida consistía en “hacer lo que a uno le apasiona”, relegando (al menos pretendidamente) el enriquecimiento a un segundo plano. Este tipo de pensamiento se reproduce también en la cotidianidad, no hace falta considerarse un emprendedor para poder decir que el éxito – muchas veces también ligado a la felicidad – consiste en “estar rodeado de la familia y los amigos”.

La idea de llevar una vida más allá de la persecución del dinero es visto como una virtud moral.

2. DE LA *CARITAS* CRISTIANA AL “NUEVO” ESPÍRITU CAPITALISTA

Sin duda, el significado de las virtudes ha cambiado con el paso del tiempo. Para Aristóteles, estaban fuertemente ligadas al ideal del buen ciudadano, quien tenía que actuar en favor del bien común y el funcionamiento de la sociedad en la que vivía. Todo acto voluntario realizado con los recursos correctos, en favor de las personas correctas, por el motivo correcto y de la manera correcta es propio de una persona virtuosa (O'Ferrall, 2001).

Marco Tulio Cicerón recuperó la noción aristotélica del bien común, reinterpretándola como “la cosa pública” (*res pública*), los asuntos públicos o las cosas de la República romana. Bajo su interpretación, el ciudadano debía ser una persona comprometida con la República, ya no como un acto completamente voluntario, sino como una obligación, pues el deseo de mejorar la vida de los demás era una cualidad inherente a todo humano (O'Ferrall, 2001). Las cualidades que le permitían al ser humano cumplir con estas obligaciones eran, para los romanos, virtudes.

La preocupación por la formación del ciudadano virtuoso pasó, a través de los intelectuales griegos, a la religión cristiana en los primeros días de su formación doctrinal, y, junto con la idea de la virtud, se fortaleció también la idea del ascetismo. En el cristianismo ha existido siempre una tensión entre dos maneras de estar en el mundo: el material y el espiritual, en buena medida gracias a dos de los evangelistas que dan cuenta de las palabras de Jesús, y que se contraponen profundamente. Por una parte, Mateo deja absolutamente clara la posición de Jesucristo respecto al dinero [6, 24]: “Ninguno puede servir á dos señores; porque ó aborrecerá al uno y amará al otro, ó se llegará al uno y menospreciará al otro: no podéis servir á Dios y á Mammón”. La visión “mateana” no deja lugar a dudas, no existe la posibilidad de acumular riquezas en el mundo, “Porque donde

estuviere vuestro tesoro, allí estará vuestro corazón” [6,21]. La posición de este evangelista fue el sustento doctrinal de la renuncia cristiana en su versión monacal original y el de los eremitas, así como de la posición de la iglesia medieval. Por otra parte, la visión de Lucas supondrá, además de una postura menos radical y más conciliadora con el dinero, la visión hegemónica y triunfante de la institucionalidad cristiana a partir de la época moderna: “Ningún siervo puede servir a dos señores; porque ó aborrecerá al uno y amará al otro, ó se allegará al uno y menospreciará al otro” [16,13]. Esta diferencia entre «nadie» (Mateo) y «ningún siervo» (Lucas) supuso la diferencia entre la posición irreconciliable de Mateo en la que cierra toda posibilidad para el cristiano de buscar la riqueza material en este mundo, y la posición de Lucas que, a pesar de tener una idea muy negativa del dinero, animaba al cristiano a hacer un uso de él para la ayuda del prójimo –el siervo–. Este uso moral del dinero estará presente en el fundamento de la “economía” de la *caritas*, es decir la caridad cristiana –el amor a Dios y todo pobre que le re-presenta en la tierra–, la cual ordenará las relaciones sociales de la Europa medieval (Le Goff, 2012).

Esta doble referencia evangélica respecto a la riqueza se vio influida por el maniqueísmo, doctrina desarrollada por el profeta Mani entre 240 y 277 d.C., el cual realizó una síntesis con la religión persa y otras influencias de Oriente. Según el maniqueísmo, el mundo está enfrentado entre dos potencias: la del bien, la luz, lo divino y espiritual; y la del mal, de las tinieblas, demoníaca y material. Según los seguidores del maniqueísmo (cristiano) la salvación implica vivir una vida apartada “de la materia y las tinieblas corruptoras.” (García de Cortázar, 2012).

San Agustín, el constructor de la doctrina cristiana institucional consideró la búsqueda de la Gloria menos problemática que la búsqueda de riquezas. En su análisis sobre las virtudes cristianas y paganas, afirma que las virtudes romanas (virtud civil y pagana) no eran virtudes por excelencia, sino más bien *vicios espléndidos* que permitieron hacer de Roma una gran república, poderosa, estable y duradera. Semejante hazaña fue posible gracias al amor “babilónico” que profesaban sus ciudadanos, quienes a su vez estaban en busca de honor y gloria republicana (Kramer, 2009), (Hirschman, 1978). Sin

embargo, San Agustín consideraba que toda empresa o acción del hombre debía estar motivada por el amor a Dios (*caritas*), por lo cual, al carecer de ello, la República romana se desvaneció. La búsqueda de la gloria personal resultaba entonces algo superfluo y pecaminoso (Hirschman, 1978). Durante buena parte del medioevo la riqueza era condenada si no se ponía al servicio de los demás miembros de los señoríos, preferentemente de los pobres (Le Goff, 2012).

Para O’Ferrall (2001), Macchiavello es el primero en retomar estas ideas, después de la larga tradición teológica que se instauró en Europa tras la caída del Imperio romano y la adopción del cristianismo como principio ontológico universal. Macchiavello, según O’Ferrall, estaba convencido de que un buen ciudadano debía ser necesariamente un ciudadano libre, cuyo objetivo debía ser el bien común. Un hombre libre debía ser entonces un individuo que aceptara voluntariamente someterse a las leyes, ejerciendo así su libertad. Esto evitaría la dependencia del individuo con relación al Estado. Es decir, un Estado sin ciudadanos políticamente activos, sin personas dispuestas a participar libremente en los asuntos públicos, se convertiría en un Estado totalitario y coercitivo. Macchiavello consideraba “hombre político” a todo aquel que rebasaba en sus metas e intenciones el beneficio propio y se comprometía con las causas mayores, las causas políticas y públicas. Al contemplar un Estado en el que los ciudadanos participaran libremente, se abría paso a la idea de la tolerancia y la conciliación de posturas divergentes en favor del bien común.

Esta tensión entre, por una parte, arrojarse a los placeres de la vida terrena que a finales de la Edad Media comenzaron a ligarse con la posesión de dinero; y por otra, mantener un estilo de vida de renuncia de los deseos y placeres materiales, fue uno de los puntos de disputa fundamentales que ocasionó la escisión de los cristianos protestantes en el siglo XVI. La condena a una vida dedicada a la riqueza por parte ya no del pueblo, sino de las autoridades eclesiales, fue en casi todos los movimientos reformistas, uno de los puntos esenciales del cisma.

Con la reforma protestante, especialmente la calvinista, comenzó a germinar la idea de que la riqueza material no debía ser vista como una condición alienante, sino como una

señal inequívoca de los favores de Dios. Renegar de las comodidades y bienes de la vida era, para Calvino, contrario al cristianismo: “Ello sería murmurar contra Dios, por cuyo arbitrio y voluntad son dispensadas las riquezas y la pobreza, las humillaciones y los honores” (Libro III, Capítulo VII, 9). En este sentido Calvino hacía una reflexión sobre la pertinencia del goce de los placeres terrenales por parte de los cristianos. Si Dios había dotado al hombre con la capacidad de deleitarse, entonces ello constituía un derecho primordial:

Prescindamos, pues, de aquella inhumana filosofía que no concede al hombre más uso de las criaturas de Dios que el estrictamente necesario, y nos priva sin razón del lícito fruto de la liberalidad divina, y que solamente puede tener aplicación despojando al hombre de sus sentidos y reduciéndolo a un pedazo de madera. (Libro III, Capítulo X, 3).

Sin embargo, el saber aprovechar los favores de Dios no dejaba exento al buen cristiano de comportarse en virtud. Es decir, las personas no debían dejarse llevar por la opulencia y las comodidades, sino que debía disfrutar de ello sin vicio:

Por ello, no sin motivo advierte San Pablo que usemos de este mundo, como si no usáramos de Él; que adquirimos posesiones, con el mismo ánimo con que se venden (1,Cor.7,31). Mas, como esta materia puede degenerar en escrúpulos, y hay peligro de caer en un extremo u otro, procuremos asegurar bien el pie para no correr riesgos. (Libro III, Capítulo X, 1)

Puesto que el ser humano era considerado una creación superior de Dios, para Calvino debía entonces alejarse de las condiciones que lo igualaran o lo colocaran en la misma posición que los animales. Es decir, entre más laborioso e industrioso, el ser humano se dignificaba: “Porque el Señor ha dispuesto las cosas de tal manera, que quienes han de ser coronadas en el cielo luchan primero en la tierra, a fin de que no triunfen antes de haber superado las dificultades y trabajos de la batalla, y de haber ganado la victoria.” (Libro III, Capítulo IX, 3).

La disciplina de trabajo, la renuncia al placer alienante y la consagración a una vida determinada por Dios serán, como ya lo mostrará Weber en *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* (2005[1905]), los fundamentos de lo que, al secularizarse,

conformará el cosmos burgués que le otorgará al mundo la posibilidad de ser construido a su imagen y semejanza.

Durante el Renacimiento, y resultado de un afán por develar la verdadera condición humana, surgió el concepto de *interés* (Hirschman, 1978), que tenía la función de justificar la acumulación de la riqueza, la cual había sido condenada en siglos anteriores por ser uno de los principales pecados del cristiano: la avaricia. La acumulación de la riqueza dejó de pensarse como un pecado cuando se ligó a ella la idea del beneficio social, es decir, si bien las pasiones no podían ser reprimidas, éstas podían convertirse en un mal menor si en ellas había una finalidad social y no una motivación individual. El interés fue entendido como una motivación humana que, por su efecto favorable en la sociedad, constituía una forma válida de adquirir bienes.

Esta motivación humana fue retomada por Adam Smith, quien afirmaba que “El aumento de fortuna es el medio por el cual la mayor parte de los seres humanos aspiran a mejorar de condición” (citado en Hirschman, 1978). En torno al pensamiento de Smith se crea un discurso moral que valida el enriquecimiento por el beneficio que éste brinda a la sociedad.

El emprendedurismo – verdaderamente una nueva *religio vulgaris* –, ha reactualización y resignificado los principios presentes desde el nacimiento mismo del capitalismo con la secularización de las virtudes cristianas. Ha establecido la responsabilidad social, junto con la felicidad personal como las metas que persigue el emprendedor; el trabajo como un medio, y no ya el fin que establecía la disciplina laboral (calvinista), absolviendo el placer, los sueños y los deseos, junto con la alegría de la condena asceta; y revalidando la moralidad del enriquecimiento como consecuencia de la búsqueda de la felicidad. Lo anterior enmarcado en la veneración de la libertad y la aclamación del empuje individualista encaminado a construir el propio destino del emprendedor. Valores, todos ellos, que se adecúan a la inestabilidad del sistema capitalista actual.

3. CREER EN LA SUERTE: MECANISMOS DE CONTROL SOBRE LA INCERTIDUMBRE

Suerte – del latín *sortis*, división afortunada de la tierra –, destino – del latín, dar en el blanco –, fortuna – del latín, azar, caso inesperado –, son palabras que están asociadas a la idea de que existe una fuerza, un poder, un más allá del humano que determina su trayecto de vida y está dictado por el azar. La miseria de la existencia humana, el sufrimiento por andar en un sendero lleno de altibajos, alegrías, penas y dolor han llevado a todas las culturas humanas a buscar mecanismos para controlar, – o por lo menos imaginar que controla – el periplo de vida. Esta preocupación por el significado del acontecimiento y su posible manipulación ha sido una de las principales dimensiones de la existencia humana que ha propiciado la generación de y relación con lo divino en las culturas. ¿Existe el destino? ¿este destino es fijo o se puede modificar mediante la intervención divina o la volición humana? ¿cómo podemos manipular, en caso de que existiese y fuese susceptible, a nuestro destino?

Los babilonios usaban técnicas como la adivinación, la astrología y la magia para persuadir a los dioses en su beneficio o para conocer el resultado de los acontecimientos futuros.

En la cultura helénica, existen diversas narraciones sobre el destino humano en manos de las divinidades. El «Hado» hace referencia a una *fuerza* desconocida que rige la vida de las personas. El trayecto vital de los seres humanos está determinado por un *destino*, hilvanado por las tres moiras –o parcas, para los romanos– quienes tejen y cortan el hilo de la vida y frente a quienes ni siquiera los dioses pueden incidir. Tanto griegos como romanos –herederos, en buena medida, de las técnicas mesopotámicas– utilizaban diversas “mancias” como el vuelo de las aves, los sueños, sortilegios y oráculos para la toma de decisiones trascendentales para la vida humana y comunitaria.

El cristianismo, que condenó la magia –y a todo el panteón religioso babilonio y helenístico–, disponía la idea de *Gracia* (don o favor otorgado por Dios) para intentar manipular la incertidumbre, pero en última instancia era Dios quien determinaba el devenir,

y este hecho era racionalizado por medio de la idea de que sólo Dios conoce sus designios, la Providencia –cuidado divino, previsión de Dios–.

La sociedad moderna pretendió dar una respuesta secularizada al tema del destino y la construcción de nuestro trayecto biográfico. Nuevamente, en el pensamiento ilustrado encontramos la reflexión en torno a quién o qué maneja el destino humano. Toda cultura determina las configuraciones por medio de las cuales un cuerpo deviene sujeto. Todas las culturas tienen mecanismos diferentes de sujetidad –es decir, una persona con una subjetividad “propia”, sujeta a estructuras, papeles, roles, etc., sociales–. En el caso de la sociedad moderna, este proceso de sujetidad se reconoce como el de «individualización». La idea de *individuo*, de un “cuerpo” con intereses personales, particulares, privados –palabra que proviene de *privāre*, solo, aislado–, distintos o en *contradicción con los intereses generales*, es una concepción completamente “moderna”. No todas las personas son individuos, por lo menos no en el siglo XVIII. El individuo es alguien que se contrapone al Pueblo, al populacho. Chartier, muestra cómo el pueblo en “los diccionarios del siglo XVIII sigue siendo aquel que en la tragedia estaba dispuesto a todos los virajes, dócil o furioso según el momento, pero *siempre manipulado*.” (Chartier, 2003, p. 41). Este populacho, conformado por las clases bajas, obreros y campesinos, “se cree, más bien, que está ligado al soberano por una relación que cambia la fidelidad y la ignorancia por la protección, la adhesión por la seguridad de una ‘mejor subsistencia’”. (Ibíd.).

Con la finalidad de proteger al «individuo», y a sus “recién descubiertos” y asumidos intereses, “este grupo social burgués se desarrolló, más o menos ajeno a la esfera pública absolutista, una individualización que cada vez tenía menos en cuenta las normas estatales y eclesiásticas” (Ibíd.) y, en muchos casos, estaba directa y abiertamente en contra de este poder absolutista y eclesiástico.

Uno de los postulados fundamentales de la Ilustración sustento de la individualización es el de la noción de la *formación propia*. La idea de la formación propia se sintetiza claramente en Kant (1786 citado en Ibíd., pág. 36) quien escribe: «Pensar por uno mismo quiere decir buscar en uno mismo (es decir, en la propia razón) la suprema

piedra de toque de la verdad, y la máxima de pensar por uno mismo en todo momento es la Ilustración». La idea de la formación propia, en una época en la que la educación no era ni pública ni obligatoria, recaía necesariamente en los esfuerzos personales. «Tú mismo eres lo que a partir de todo creaste, formaste y deviniste para ti mismo, tú eres para ti mismo tu propio creador y tu criatura». Herder (1797 citado en Ibíd.) hace énfasis a este cultivo propio.

La noción de formación propia busca desarrollar la capacidad de entendimiento y la inteligencia, propios no de todas las mentes, sino de aquellas interesadas en la «libertad». Efectivamente, esta forma de concebir la formación de las personas como una responsabilidad personal tenía como objetivo “liberar” al individuo en dos sentidos: de las cadenas de los estamentos y del azar, de la incertidumbre, de las fuerzas externas y extrañas que podrían dominar o determinar su destino. En ese sentido, Goethe (citado en Ibíd.) escribe «El mayor mérito de los hombres consiste, desde luego, en determinar, hasta donde posible fuere, las circunstancias, dejándose determinar por ellas lo menos posible».

El objetivo, más o menos evidente de la formación propia y la búsqueda de la libertad, era el de la autorrealización, luchar por alcanzar una mejor posición social dentro de la burguesía. La novela, parte constitutiva de esta dramática lucha por el asenso social burgués, sirvió como mecanismo de deseo y modelo. La más famosa de ellas es, posiblemente, *Robinson Crusoe* (1719), del inglés Daniel Defoe. El libro trata de la *productividad creadora*, de la *dominación de la naturaleza* por el *homo faber* y del egocentrismo del hombre moderno. Además, constituirá la mitología por excelencia de la subjetividad del individuo moderno: el *self made man*.

Conforme el mundo occidental se secularizaba, los objetivos y formas de existencia se iban transformando. Los objetivos biográficos del individuo dejaron de ser el de mantener la posición socioeconómica y buscar la salvación del alma en la vida eterna, para convertirse en los de la lucha por el ascenso social y la «felicidad» de la vida, ambas soteriologías ancladas en determinadas mitologías y sus aspectos meta-físicos. La burguesía se sumergió en una lucha en contra de la tradición y por la “libertad”. Construyó un Estado

de derecho en el que la protección de la propiedad privada y la libertad de pensamiento se convirtieron en derechos formales que permitiesen encauzar su particular soteriología. La «*ecclesia*» –la comunidad de hermanos creyentes– se disolvió, lenta pero irremediabilmente, para constituirse en una «*sociedad de individuos*».

De esta forma, la vida predestinada por una divinidad dio paso, paulatinamente, a una vida con la «apariencia de libertad» determinada por la razón y la voluntad individuales, aunque no sin dejar de lado, en el pensamiento del «sentido común», la idea de que la suerte era un factor que influía en el camino del éxito material de los individuos.

Aunque la suerte tiene distintas acepciones, partiremos desde tres teorías iniciales, consideradas desde la epistemología como las más influyentes: teoría del control, teoría de la probabilidad y teoría de modalidad (Hales, 2014). Todas ellas se refieren a eventos que, de un momento a otro, suceden.

La primera considera que una ocurrencia es afortunada si se da en condiciones que están fuera o más allá del control de un sujeto (\$), si ésta es significativa para él, si las condiciones en las que podría ocurrir son muy variables y si en la gran mayoría de oportunidades en que los eventos se presentan, ésta rara vez sucede (Hales, 2014).

La segunda se basa en una fórmula matemática que, expresada en palabras, establece que un evento puede ser afortunado o desafortunado de acuerdo a su grado de importancia, multiplicado por la probabilidad de que el evento no suceda. Los eventos menos probables y, a la vez, más importantes, son los más afortunados (Hales, 2014).

La última tiene por afortunado cualquier evento que fácilmente pudo no haber ocurrido. Es decir, existe la suerte cuando cualquier otro resultado, bajo la más ínfima variación, puede significar que el evento no suceda. Por ejemplo, ganar la lotería, es un suceso afortunado, puesto que, bajo la más mínima variación o diferencia en las condiciones dadas, el evento no sucedería (Hales, 2014).

Como vemos, existen ciertos elementos necesarios para entender lo que significa la suerte: el tiempo (pasado, presente y futuro), la importancia de un evento y la incertidumbre. Comprender el papel del **tiempo** nos permite saber si un evento es probable

o no. Es decir, si un evento ha ocurrido muchas veces en el pasado, es probable que suceda de nuevo. Por el contrario, si nunca ha ocurrido, es poco probable que suceda. La **importancia** de un evento es también otro elemento fundamental; si bien un evento puede ser necesario, a la vez puede ser muy probable, por lo tanto, no se consideraría afortunado. Respirar, por ejemplo, es de vital importancia, y sin embargo altamente probable, por lo cual no sería extraño que no nos sintiéramos afortunados de poder hacerlo. Por último, la **incertidumbre**, idea que podemos concebir como la consciencia de la variabilidad de sucesos que ocurren en el mundo, y esto representa una convergencia entre la comprensión del tiempo y la importancia que tiene un acontecimiento para el sujeto.

La vida biológica del Homo Sapiens supone, desde la mirada capitalista, una vida para la autoconservación, es decir, una vida consagrada a la consecución de la vida a toda costa, incluso la autodestrucción – a la *Selbsterhaltung* que se refieren Adorno y Horkheimer (2005) –. Sin embargo, la naturaleza, es siempre una diosa amenazante que pone en peligro constante la posibilidad de esa consecución. El caos que supone los acontecimientos naturales como las sequías, las inundaciones, las glaciaciones, las erupciones volcánicas, los terremotos, las enfermedades y pestes, y los millones de variables que influyen en la vida de los humanos, forman parte de los eventos perjudiciales cuyo origen, causas y temporalidad son “inciertos”. Sin embargo, también los eventos beneficiosos ocurren bajo los mismos principios, es decir, son inciertos.

La incertidumbre produce en las personas la sensación de estar a merced de mecanismos invisibles que actúan indiferentemente a nuestro perjuicio o beneficio. Es por ello por lo que el ser humano, desde sus principios, procuraría acercarse a aquellos sucesos benéficos, reproduciendo las condiciones que los hacen probables, y a la vez alejarse de los perjudiciales eliminando o evitando, a su vez, las condiciones que los desencadenan.

Nuestra vida, incluida en ella nuestro éxito material está marcada por la «suerte». La suerte puede entenderse, entonces, como un estado indiferenciado y oscuro del Cosmos donde no puede entrar el entendimiento ni la volición.

Afirmamos entonces, que el discurso de los emprendedores es una secularización de la idea de Gracia, ya que parte de la idea de que la vida está determinada por un orden desconocido – Dios o las reglas y dinámicas de la economía capitalista–, pero afirma que cualquiera, como individuo tiene la posibilidad de intervenir en ese orden a su beneficio – manteniendo una buena actitud, un buen comportamiento –. Así, el emprendedor guarda la convicción de que es posible manipular los mecanismos azarosos de la suerte por medio de la posesión de ciertas virtudes (valentía optimismo, confianza), el desarrollo de otras (perseverancia, estrategia, paciencia) y, además, el perfeccionamiento y práctica de conocimientos y habilidades.

La limitante de la ideología emprendedurista es que parte del supuesto de que, con mera voluntad y racionalidad, se puede manipular la situación material de las personas. Es, sin embargo, *el dinero* el elemento clave –ciertamente no el único, pero definitivamente el central– de toda probabilidad en la sociedad contemporánea. Las oportunidades de negocios, la apertura de opciones frente al contratiempo, el abrir y sostener un nuevo negocio, las relaciones sociales con socios e inversionistas, la manera en cómo se articulan los vínculos con los próximos, todo esto está determinado por el dinero. Y es precisamente poseyéndolo, asumiendo su poder, es como podemos manipular las “interferencias que gobiernan nuestra vida” (Ovejero, 2002).

4. CONCLUSIONES

El emprendedor es la figura trágica del capitalismo del siglo XXI. Sus características están encaminadas a acomodarse a los parámetros de funcionamiento de la economía capitalista flexibilizada e hipercompetitiva de la actualidad. La libertad de acción y la invitación a asumir riesgos para no vivir enriqueciendo a alguien más, están de cualquier manera, determinados por la incertidumbre laboral y la inestabilidad económica global. Existe una convicción de la necesidad de tener suerte, para poder enfrentarse a los desafíos del capitalismo financiero. La “suerte” en el capitalismo está determinada por la clase social en la que naces.

BIBLIOGRAFÍA

- Adorno, T., & Horkheimer, M. (2005). *Dialéctica de la Ilustración. Fragmentos filosóficos*. Trotta.
- Chartier, R. (2003). *Espacio público, crítica y desacralización en el siglo XVIII: Los orígenes culturales de la Revolución Francesa*. Gedisa.
- Esquivel, G. (2016). *Desigualdad extrema en México. Concentración del poder económico y político*. OXFAM México.
- García de Cortázar, J. A. (2012). *Historia religiosa del occidente medieval (años 313-1464)*. Akal Ediciones.
- Hirschman, A. (1978). *Las pasiones y los intereses*. Fondo de Cultura Económica.
- Kramer, S. N. (2009). *La historia empieza en Sumer*. Alianza Editorial Sa.
- Le Goff, J. (2012). *La Edad Media y el dinero. Ensayo de antropología histórica*. Akal.
- O’Ferrall, F. (2001). Civic-Republican Citizenship and Voluntary Action. *The Republic: Issue 2 – The Common Good, 2*.
<http://www.theirelandinstitute.com/wp/civic-republican-citizenship-and-voluntary-action/>
- Ovejero, F. (2002). *La libertad inhóspita. Modelos humanos y democracia liberal*. Paidós.
- Piketty, T. (2015). *La economía de las desigualdades: Cómo implementar una redistribución justa y eficaz de la riqueza*. Anagrama.
- Staff, F. (2016, enero 14). *Inversión de impacto, la verdadera filantropía inteligente* • *Forbes México*.
<https://www.forbes.com.mx/inversion-de-impacto-la-verdadera-filantropia-inteligente/>
- Stiglitz, J. E. (2015). *La Gran brecha: Qué hacer con las sociedades desiguales*. Taurus.

Weber, M. (2005). *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Fondo de Cultura Económica.